

Sueldo mínimo para médicos y profesantes similares

La grave situación por la que atraviezan los médicos y profesantes afines ecuatorianos va creando un ambiente de intranquilidad, de creciente inquietud, entre quienes ejercen profesiones que tienen que ver con lo más atendido por los estados modernos bien organizados: la salud humana.

Cuanto sacrificio, tiempo, dinero y dedicación se necesita para titularse de médico, odontólogo, farmacéutico o enfermera y qué de labores y constante estudio para adquirir experiencia y poder trabajar en la cátedra, en los servicios asistenciales o en la atención privada. No se trata del tiempo que el profesor gasta en dictar una clase ni del que pasa al examinar un enfermo, sino que para lo primero hay que preparar la clase en muchas horas de estudio, hay que tener la debida experiencia sobre la materia que se dicta, saber dictarla, saber manejar alumnos, haber adquirido con el correr del tiempo la autoridad científica y moral necesarias para merecer su respeto, y, para lo segundo, el estudio, experiencia y dedicación, sin los que no sería posible llegar a un diagnóstico o a una correcta interpretación y resolución del caso, en el que se juega el porvenir vital del enfermo o su inmediata muerte.

Nada de esto se han tenido en cuenta los legisladores que se han opuesto al Proyecto de Sueldos Mínimos para Médicos y Profesiones Conexas, presentado en el último Congreso.

«De inmediato se entra a continuar la discusión, en segunda, del Proyecto sobre sueldos mínimos de médicos, químicos-farmacéuticos, dentistas, obstétrices y enfermeras tituladas».

«Razonadamente los diputados Joel Cevallos y Carlos Larreátegui hacen serios reparos al proyecto. Afirman que eso representaría el unguimiento de unos pocos en detrimento de los demás. Que varias instituciones se verían en el caso preciso de prescindir de cumplir con ciertos servicios sociales por no tener para cubrir los astronómicos sueldos que se quieren fijar los médicos, dentistas, etc. Que no es posible se fije un trabajo máximo de dos horas con un sueldo mínimo de dos mil quinientos sucres. Que los médicos son, esencialmente, sacrificados servidores de la sociedad y que no van a exigir tanta prebenda».

«Defienden el proyecto, entre otros, los diputados Acosta, Villacís y Panchana, este último quien afirma que los médicos se verán en el caso de tomar medidas de hecho, como la suspensión de sus actividades si no se consideran esas mejoras. Dice que habla como médico, cansado de haber sido explotado y que sabe de la existencia de profesionales a los que se roba su trabajo pagándoles un sueldo de cuatrocientos sucres mensuales por una jornada diaria de trabajo de ocho horas. Finalmente, el doctor Terán Varea plantea la reconsideración general del proyecto; cosa que es aprobada».—(Cámara de Diputados.—Sesión ordinaria vespertina.—Martes 22 de setiembre de 1953. «El Comercio», Quito.—Setiembre 23 de 1953).

«Al estudiarse el primer artículo del proyecto se propone que en el mismo sueldo mínimo se incluyan a los médicos e ingenieros. Valiente y patrióticamente se opone el diputado Larreátegui al proyecto todo, pues dice que no es posible que se cree una clase privilegiada, al margen de toda norma de trabajo, ya que las disposiciones constantes en el proyecto, están opuestas directamente a disposiciones constantes en el Código del Trabajo».

«El Ingeniero Espinosa entra a dar detalles de in-

dole económica. Hace notar que apenas ocho de los 24.000 empleados fiscales son abogados con un sueldo mayor de 2.500 sucres y que existen médicos con horario determinado que ganan 500 sucres al mes. Dice que por lo menos se debe exigir a los médicos un trabajo de cuatro horas, y aún así habría que incrementar el presupuesto en 1'150.200 sucres y que de lo contrario, el presupuesto tendrá que ser inflado en 1'692.000 sucres».

«Finalmente, después de larga discusión se aprueba en segunda los dos primeros artículos del proyecto».— (Cámara de Diputados.— Sesión ordinaria vespertina, miércoles 23 de setiembre de 1953.—«El Comercio».— Quito setiembre 24 de 1953).

Los debates de la Cámara de Diputados, que acabamos de transcribir textualmente, demuestran el criterio de los Honorables que se han opuesto al proyecto y las razones que han podido hallar, las mismas que, desgraciadamente tenemos que reconocerlo, son las que se oyen correr vulgarmente: «que los médicos son sacrificados servidores de la sociedad»— «ungimiento de unos pocos en detrimento de los demás»— «clase privilegiada».

Y es que el proyecto ha sido presentado sin una previa labor publicitaria, siquiera de un año, en los diarios de Quito y Guayaquil, en la que se podía demostrar con claridad como es la angustiada situación del ejercicio profesional en el país. Profesionales que siguen emigrando, sueldos que obligan a que los médicos busquen varios empleos para poder hacer una renta que apenas les alcanza para vivir con modestia, con perjuicio de las instituciones a las que sirven, ya que con remuneraciones insignificantes, hay sueldos de 400 sucres mensuales, la labor tiene que ser una farsa igual al sueldo. Si se pagara sueldos equitativos, el médico serviría a una sola institución con todo su tiempo y con el entusiasmo que da una entrada que corresponde a sus labores, con un porvenir económico digno de quien estudia y trabaja, se afana y perfecciona para atender mejor a los enfermos. Eso del apostolado de los médicos es una frase hecha que el vulgo viene re-

pitiendo porque así lo ha oído. Lo que sí es cierto es que el médico debiera ser un apóstol bien remunerado, respetado y atendido conforme al papel que desempeña en todo país civilizado.

La pobreza pública y los servicios médicos del Seguro Social planeados defectuosamente, han acabado con el libre ejercicio de la profesión médica en el Ecuador. Como al servicio del médico para beneficio social hay que ir, tenemos que pensar en una renta decente, con remuneración apropiada, hacer de la vida del médico un afán de superación debidamente pagado.

Tantas cosas que se podrían decir y demostrar sobre el desamparo y estrechez económica en que lucha, laborioso, siempre paciente y cumplido, el médico ecuatoriano. Con una labor de prensa hubiésemos tenido mayoría legislativa, público e instituciones convencidos de la justicia de nuestra causa. Había que comenzar por ahí, sin olvidar que en la Cuarta Asamblea Médica Nacional reunida en Cuenca en 1950, la Delegación de Pichincha habló de la necesidad de la labor de convencimiento público por la prensa y la radio y dijo que sin ella su Proyecto de Sueldo Mínimo, que presentó a esa misma Asamblea, irá al fracaso que hoy asistimos: la aprobación de una Ley de Sueldo Mínimo para Médicos y Profesiones Afines que a nadie ha complacido.

(Nota de la Dirección).

El Centenario del Dr. Orfila

Nos encontramos delante del centenario de la muerte de don Mateo (José Buenaventura) Orfila, el célebre médico y químico menorquín, exactamente mahonés, que murió en París el 12 de marzo de 1853.

Hijo de un armador de Mahón, cuya ilusión máxima hubiera sido dedicar a su hijo a la Marina, le dió una educación de alto bordo, que nos podrá parecer insospechada para los años inmediatamente anteriores y coetáneos de la Revolución Francesa (Orfila nació el 24 de abril de 1787) pero que en el ambiente cosmopolita del Mahón del tiempo tan lleno todavía de recuerdos de las dominaciones inglesa y francesa, ha de reputarse perfectamente comprensible. El joven que había de llegar a ser —según el proyecto paterno— el más distinguido capitán de barco de la isla, estudió latín y matemáticas, inglés, francés y música. A los 15 años fué embarcado en un buque familiar y realizó un viaje a Egipto: el año 1802. El genio del joven corso, Bonaparte, ha puesto en movimiento al Mediterráneo entero. Pero el amo del mar es el almirante Lord Néelson. Mahón es uno de los puertos preferidos de Néelson; delicado, enfermizo, con una tendencia al mareo que todos sus biógrafos han reconocido, la maravillosa incisión del puerto de Mahón es para el marino —como fué Nápoles y Port-Compte, en Cerdeña— un lugar de calma y de refugio. Néelson vigila al corso noche y día Bonaparte se le escapó siempre, pero el gran almirante hundió en Aboukir a la escuadra francesa. Esta batalla naval

activó el comercio en el Mediterráneo y Nélsón estuvo varias veces en Mahón —donde Inglaterra tenía tantos amigos— alguna vez acompañado de la bella y picante Lady Hamilton.

Pero Mateo Orfila, a pesar de la vida de emociones que flotaba sobre este mar en la época de su adolescencia, no quiso ser marino. Dijo a su padre que quería ser médico y este señor, con gran pesar, lo envió a la Universidad de Valencia a estudiar medicina, donde ingresó a los 16 años. No tengo la menor idea de lo que pudo ser la Facultad de Medicina valenciana en los primeros años del Siglo XIX. En Valencia, Orfila estuvo poco tiempo. Se estableció en Barcelona, donde, en el viejo y vetusto edificio del Hospital de la Santa Cruz, estudió con provecho la carrera, alternando sus estudios con el cultivo de su voz, de su impresionante voz de barítono, que tuvo magnífica. Siempre he creído que aparte del mérito intrínseco de Orfila como médico, como químico y como toxicólogo, una de las causas de su inmenso éxito social fué su voz, el papel que en los salones le permitió representar su voz de barítono, magníficamente timbrada, suave y aterciopelada —«velouté»— como se decía entonces en los grupos elegantes y distinguidos. Además, Orfila tocaba la flauta muy dignamente, y la guitarra.

Al terminar la carrera, Orfila era un gran tipo: no solamente había estudiado con gran aprovechamiento sino que era apreciado en alto grado por todas las personas que le conocían. En Barcelona, Orfila se movía como en su Mahón nativo, cosa no sólo comprensible sino naturalísima, dada la identidad de orígenes de la lengua y del espíritu. Así, pues, la Junta de Comercio, aquella gloriosa y magnífica Junta de Comercio que, al paso que vamos, tendremos que resucitar, lo envió a París a estudiar Ciencias Naturales, asignándole la pensión correspondiente. Esto sucedía en 1807, es decir, en el pleno auge europeo de la dominación napoleónica. El hecho de que la Junta de Comercio de Barcelona enviara un muchacho a estudiar a París por aquellas fechas parece incompatible con lo que dicen los manuales

de historia sobre la consideración en que era tenida Francia en aquel momento. Pero el hecho es incontrovertible y, sobre todo, es comprensible. Lo mejor es arrinconar de una vez estos falsificados y mendaces mamotretos y atenerse a los hechos. Mi idea, basada en documentos reales —no, oficiales— es que las personas cultivadas de este país siguieron el agitado proceso político del país vecino —el proceso que creó la Europa moderna— con un interés vivísimo. El Prof. Carbonell, maestro insigne, le puso sobre la pista de la realidad viva.

●

En París, Orfila frecuentaba la Facultad de Medicina de la Sorbona. Su interés se concentra sobre la Química. Es invitado a dar unas conferencias sobre la materia, que tienen un tal éxito que asisten a ellas dos grandes eminencias: Fourcroy y Vauguelin. Llega un momento en que el encaje de Orfila en París se produce de una manera perfecta. Descubre un vasto y magnífico mundo. En 1811 se nacionaliza francés quedando, empero, en magníficas relaciones con el organismo de Barcelona que le proporcionó la base de su carrera. A pesar de sus primeros éxitos, continúa asistiendo a las aulas de la Facultad donde cursa Anatomía, Química y Medicina Legal. Se especializa en el estudio de los tóxicos, y en 1813, a los 27 años, publica un «Tratado de Toxicología» que se tradujo a las principales lenguas europeas y le valió no sólo la entrada en la vida académica sino en el gran mundo de la época. El «Tratado», que durante tantos decenios fué el escrito clásico sobre tóxicos de este Continente, le valió el título de miembro del Instituto de Francia (Academia de Ciencias) y que fuera nombrado médico de su majestad Luis XVIII. Seis años después era nombrado profesor de la Facultad de Medicina, cátedra de Medicina Legal, pasando, en 1823, a ocupar la cátedra de Química en la Sorbona, vacante por haberse retirado el ilustre Vauguelin.

El Dr. Mateo Orfila se convirtió, pues, en una de las grandes eminencias del París de la Restauración bor-

bónica. Mi opinión personal es que Orfila hubiera sido una personalidad considerable en no importa qué régimen. Si lo fué de la Restauración fué porque ésta fué la forma de gobierno de su tiempo. El París de la Restauración fué muy brillante y los salones del boulevard Saint German de una fastuosidad deslumbradora. Era la tranquilidad después de la sangría, la inquietud y la nerviosidad del período del primer Imperio. Orfila tuvo todas las puertas abiertas. Era un hombre de modales muy distinguidos, de conversación aguda y amena, de rasgos fisonómicos muy gratos. Y, sobre todo, sabía cantar. En el «bel canto» de la época, el médico mahonés de Luis XVIII, la eminencia europea del empirismo químico, tuvo éxitos arrebatadores.

En los salones del duque de Richelieu, primer ministro del último Borbón de la raza primogénita que ha reinado en Francia, cantó una vez, ante el todo París, uno de los trozos más difíciles y más admirados de «El matrimonio secreto», de Cimarosa. Escribe un biógrafo: «Fué un verdadero golpe teatral —dice—. Voz, método, figura, ligereza, fuerza, gracia, adornos, expresión: todo era increíble, perfecto, maravilloso, en el ejecutante. Nunca la suave melodía de Cimarosa se había visto más dulcemente interpretada. En medio de una salva calidísima de aplausos, se levantó el anfitrión y le dijo: «Jamás la música ha producido nada más delicioso, más simpático, más encantador. ¡Nadie cantará este trozo como usted lo ha hecho, monsieur Orfilal!». Las calidades sociales de Orfila, su elegante y amena presencia, su libertad de movimientos, sumado a sus méritos indiscutibles en el terreno del empirismo de su tiempo, le convirtió en una de las figuras de la Restauración francesa. Formó parte, en lugar destacadísimo, del «todo París» de la época. Fué el hombre que la gente se disputaba, el comensal imprescindible, el invitado necesario, una de las piezas básicas de la sociedad de París. Orfila era considerado el hombre que entendía más de tóxicos, de drogas, de narcóticos y soporíferos. Todo esto estaba, comparado con los progresos posteriores, en mantillas, Ello daba al especialista un punto de fasci-

nación misteriosa; Orfila sabía cosas, en este terreno, que nadie sabía. Ello le llevó, naturalmente, a conocer grandes secretos, a conocer turbiedades, situaciones singulares, complejas; a recibir confidencias que nadie tuvo en el París de su tiempo.

Pero no terminó aquí la carrera de Orfila, cuando se produjo la Revolución burguesa de 1830, que entronizó la rama segunda de los Borbones en el trono de Francia, a Luis Felipe de Orleans, el Dr. Orfila continuó en el disfrute de su magnífica situación. Poco después de este fenómeno político, que creó una prosperidad material prodigiosa gracias al establecimiento del liberalismo en la economía, el profesor Dubois, decano de la Facultad, propuso, y logró, que le reemplazara Orfila. En el ejercicio del decanato el célebre mahonés se convirtió en la «estrella» de la Sorbona. Organizó el hospital de las clínicas de la Facultad, estableció un nuevo Jardín Botánico, pensando siempre en la botánica de los tóxicos; el Museo de Anatomía Patológica, llamado Museo Dupuytren, por haber sido creado con un donativo del célebre profesor, y una galería anatómica (es la época de los pasajes y de las galerías en el urbanismo) que recibió el nombre de Museo Orfila. Gracias a su administración y a su magnífico buen sentido, la enseñanza fué enaltecida —sobre todo la enseñanza superior de la Medicina— y se fundó la Asociación de Médicos de París, que le eligió su primer presidente. En una palabra: llegó al tope universitario y administrativo, y si no digo social es porque su realidad ya la puse de manifiesto.

Durante todo el reinado de Luis Felipe, la posición de nuestro compatriota se mantuvo siempre en crecimiento. Ello podrá parecer increíble al mundo de hoy, tan erizado de incompatibilidades internacionales, de vetos y de nacionalismos. Y, sin embargo, ésta fué la situación que llegó a tener el Dr. Mateo Orfila en París durante la llamada Monarquía de Julio.

Triunfante la revolución del 48, pareció que el astro

del menorquín se obscurecía un momento. Se retiró a la vida privada y fué destituido del decanato de la Facultad de Medicina. Pero ello duró muy poco tiempo. En seguida que se produjeron los primeros síntomas de normalidad y el viento giró favorablemente a los intereses del príncipe Napoleón, Orfila reapareció en el primer plano. Elegido en 1851 presidente de la Academia de Medicina de París, hizo a esta sociedad y a diversos otros establecimientos un donativo de 121.000 francos de la época, cifra fabulosa, para instituir diversos premios a la investigación y subvenir a reformas materiales. Pero Orfila empezaba a envejecer, más físicamente que el espíritu. Murió el 12 de marzo de 1853, a los 70 años de edad, por consiguiente.

A Orfila le tocó vivir una de las épocas más extraordinarias de la Historia. Hombre nacido en el antiguo Régimen, su vida coincidió con los grandes acontecimientos que informaron la vida moderna: la Revolución, en sus tres fases, la Asamblea Constituyente, la Legislativa, la Convención, el Terror, 18 Brumario, el Consulado, el primer Imperio, Waterloo, la Restauración borbónica en sus dos ramas, Luis XVIII y Luis Felipe, la Revolución del 48 y alcanzó los albores del segundo Imperio. Una gran parte de estos acontecimientos los vivió en el marco mismo donde se produjeron, es decir, en París, y además en el primer plano, en contacto directo, con sus protagonistas. Pero Orfila no se interesó jamás por la política. Consideraba que su mayor mérito era la cátedra de Química, de la que estuvo al frente durante treinta y tres años, con un auditorio tan asiduo como numeroso. Aquí está la base del gran triunfo de Orfila en París.

●

La aportación de Orfila como toxicólogo fué importante. Es muy posible que fuera el verdadero fundador de esta disciplina. La toxicología fué para Orfila no una actividad teórica, sino un campo de investigación permanente. Llegó a ser tanta su fama en este campo que su testimonio fué considerado la última palabra en

el mundo de los jueces y de los magistrados. En su «Tratado de las exhumaciones jurídicas» (1831), que pasó luego a formar parte de su «Tratado de Medicina legal», libro que fué considerado clásico en el mundo entero durante un siglo, planteó el problema consistente en la determinación de la época del fallecimiento. Lo hizo basándose, naturalmente, en la experiencia y con gran acopio de observaciones auténticas. Su «Tratado de Medicina legal» estudia no sólo los venenos, sino las huellas específicas que los tóxicos dejan en el cuerpo, planteando en todos los aspectos los problemas inherentes a las muertes violentas: por inmersión, por estrangulación y, en general, todos los aspectos de la medicina relacionada con el descubrimiento del crimen. Sustituyendo la hipótesis por la experimentación, inventó el medio de encontrar («Tratado de toxicología») el veneno en los líquidos y humores humanos; probó que se puede encontrarlos y extraerlos de la profundidad misma de nuestros órganos aun después de largo tiempo de la inhumación; estudió los efectos de los tóxicos sobre el organismo y las vías que siguen estos efectos; trazó las reglas para la administración de los contravenenos. Orfila escribe, como es natural, con un aire campanudo y profesoral, pero en este aspecto ha de ser considerado como un precedente de la novela policiaca, aparte de la consideración en que ha de ser tenido por el auxilio que prestaron sus conocimientos a la justicia.

La personalidad del genial mohanés llegó a tener un volumen europeo y sus libros fueron traducidos a muchos idiomas, porque en su tiempo, y durante los decenios posteriores, no pudieron ser superados en ningún aspecto.

El día 12 del actual mes de marzo ha sido el aniversario del fallecimiento del Dr. Mateo Orfila. En Mahón se celebró una conmemoración local y la «Revista de Menorca» dedicó sus páginas al ilustre hijo de la capital menorquina.

El mejor libro sobre el Dr. Orfila es el de A. Fayol, «La vie et l'oeuvre d'Orfila». Don Miguel de los Santos Oliver, en su libro «Historias de los tiempos terribles»

(volumen 5 de las Hojas del Sábado) traza un retrato magistral de la juventud de Mateo Orfila. Pero el libro sobre Orfila, la biografía directa y auténtica, está por hacer. Orfila es el caso del compatriota que triunfa de una manera prácticamente fabulosa en el extranjero. Esto no ocurre precisamente cada día...

Tomado de la Revista «Destino». Barcelona, marzo 21 de 1953).